

RECUPERANDO ESE “CUERPO QUE LLAMO MÍO”

Paula Jure

Resumen

Las Tecnologías de Información y la Comunicación han llegado –definitivamente- para quedarse y ocupan un lugar cada vez más preponderante en nuestras vidas. De hecho, y en muchos casos, hasta definen el quehacer cotidiano de las personas y la forma en que éstas se relacionan con el mundo. Sin embargo, su uso actual no siempre contribuye a un diálogo real entre semejantes, sino que -más bien- provocan un intercambio interrumpido, que imposibilita esa “puesta en común” verdadera.

Sólo a partir de la comunicación fue posible que grupos de personas se organicen en eso que hoy llamamos sociedad y, para eso, fue necesario que se pusieran en juego seres humanos, cuya existencia se define a partir de un cuerpo que ocupa un lugar en el espacio y que está atravesado por la sexualidad y el lenguaje.

Desde esta perspectiva, este artículo pretende discutir el rol que juegan las TIC (y sobre todo algunas de las aplicaciones más utilizadas en la actualidad) en la verdadera comunicación, considerando que si bien es necesario usarlas como herramientas para generar los intercambios, no hay que olvidar que nuestra existencia y la sociabilidad, en el sentido más basal del término, no dependen de ellas, sino de ese cuerpo que llamo mío.

Palabras clave: diálogo interrumpido; el recupero del espacio público; la desaparición del cuerpo; tecnologías de la información y la comunicación; usos y aplicaciones.

RETRIEVING THAT “BODY I CALL MINE”

Abstract

Information and Communication Technology have come to stay -definitibly- and occupy an increasingly and important place in our lives. In fact, in many cases, they define the daily lives of people and how they share the place in the world. However, its current use does not always contribute to a real dialogue between equals, because they cause more interrupted exchange, than a true "common place".

Only from communication was possible that groups of people organize themselves in what we call now society. For this it was necessary to put persons, whose existence is defined by a body which occupies a place in the space and is crossed by sexuality and language.

From this perspective, this article aims to discuss the role played by ICT (and especially of some the most used apps) in real communication. Its neccesary not to forget that even when they are necessary, they have to be treat as tools to generate a dialogue, because our existence and sociability, in the deeply sense, does not depend on them, but it is charge to that body we call mine.

Keywords: information and communication technologies; interrupted dialogue; the disappearance of the body; the recovery of public space; uses and applications.

*En honor a Maurice Merleau Ponty**

La comunicación entre las personas existe desde el mismo instante en que las sociedades se conformaron. Primero con señas, luego con símbolos, luego con la aparición del lenguaje, los signos escritos y hoy con tecnologías que facilitan la circulación de todos estos modos de relacionarse entre los seres humanos. Mucho se ha hablado ya de lo que originariamente se conocieron como las nuevas Tecnologías de la Información y la Comunicación (TICs) y que hoy ya no resultan nuevas, ni infrecuentes y mucho menos impopulares. De hecho, la cantidad de líneas móviles distribuidas a lo largo del planeta supera la cantidad de habitantes, aún cuando muchas hayan sido dadas de baja, y aun cuando su distribución sea desigual entre los países. Lo mismo sucede con las computadoras, tabletas o smarthphones (teléfonos inteligentes) aunque de ellos sólo puede darse cuenta de una comercialización muy dispar de acuerdo a distintos factores, entre los que pueden mencionarse el grado de desarrollo de un país, la cuestión etaria y las clases sociales.

Aún así, y en términos generales, el común denominador que las atraviesa, es el supuesto de que las TICs facilitan la comunicación entre las personas y la posibilidad de hacer que el mundo resulte más pequeño de lo que realmente es.

*Filósofo francés (1908-1961) que inaugura lo que se denomina la “fenomenología existencial” que se basa fundamentalmente en la percepción antes que el cògito. Y desde ese lugar discute con Descartes quien sostiene que “somos un animal que piensa”. Para Merleau Ponty, en cambio, la existencia (la percepción) supone un aquí y un ahora, y constituye la palpable conexión entre el alma y cuerpo (Merleau Ponty, 1984).

Sin embargo, cabe preguntarse si esto es así en todos los casos y por qué -en muchos de ellos- no dan cuenta de una verdadera instancia comunicativa en el sentido más pleno. Y no es nadie más ni nadie menos que Maurice Merleau Ponty, Paul Virilio, entre otros, quienes pueden colaborar a obtener, más que una respuesta acabada, un desafío a la repregunta del estimado lector.

Una afirmación de esta envergadura supone ponerse de acuerdo en primera instancia con el término comunicación. Aunque pasadas algunas décadas, la definición dada por Antonio Pasquali (1978:41) sigue vigente. Para él “la Comunicación debe reservarse a la interrelación humana, al intercambio de mensajes entre hombres, sean cuales fueren los aparatos intermediarios utilizados para facilitar la interrelación a distancia”. Y agrega que “la posibilidad de comunicarse es inherente a la formación de una estructura social y no un subproducto posterior a ésta...” .

Desde esta perspectiva, no son ni las computadoras, ni los teléfonos, ni sus aplicaciones las instancias decisivas en el proceso comunicacional, sino que hace falta la “presencia de personas”, cuya existencia se define por su encarnación en cada uno de los cuerpos que denominamos propios (Merleau Ponty, 1984). Es en ese o esos cuerpos que ocupan una espacialidad primordial (un lugar en el mundo) donde se alberga el lenguaje (lo simbólico) y también la voz que nos permite expresarnos, las manos para escribir y señalar, los ojos para leer, nuestros oídos para escuchar y nuestro sistema nervioso para entender. Pero además, entra en escena el lenguaje, que para Merleau Ponty (1984) es definitorio de la existencia en tanto otorga sentido y atraviesa la corporeidad que ocupa ese espacio en el mundo. Sin ese cuerpo, la tierra estaría vacía, vacía de ocupantes, y de seres capaces de expresarse, moverse, alegrarse o tener la voluntad de actuar en algún sentido y, mucho menos, para comunicarse. De allí que en términos de Pasquali, al hablar de sociedad y de comunicación, la presencia es insalvable.

Pero hoy en pleno Siglo XXI, donde las tecnologías se consumen más que el pan que alimenta nuestros cuerpos, cabría preguntarse cuáles de ellas fomentan las comunicaciones verdaderas y cuáles no. Sin pretender un revisionismo histórico de cada uno de los medios, un análisis pormenorizado de algunos de ellos nos servirá para comprender por qué se requiere la presencia del cuerpo o de una parte de él, para que la interrelación social sea verdadera.

Este análisis parte de considerar que ningún medio de comunicación sustituye totalmente a otro, sino que cada uno ocupa un lugar, es usado para ciertos casos y convive con otros que desempeñan un rol dentro de la sociedad y se usan para situaciones particulares (McLuhan, 1987). Sin embargo, hay medios que son más dominantes o que son más utilizados y que reflejan y dan cuenta de una particular dinámica social (Calabresse, 1989). Entre lo Clásico y lo Barroco, la sociedad actual, más que posmoderna, puede caracterizarse como una superación al barroco, en tanto la complejidad de la movilidad y las comunicaciones imponen una supremacía de las interrelaciones nunca antes vista. Sin embargo, y como veremos más adelante, esa profusión de “relaciones” y la información que a través de las tecnologías se generan, no siempre son actos comunicativos propiamente dichos. Y las informaciones mucho menos, tal como lo plantea Vattimo (1990), contribuyen a tener una claridad absoluta sobre la sociedad en la que vivimos sino que, por el contrario, favorecen la “transparencia perdida”. La creencia general es que teniendo más información podremos comprender mejor la sociedad actual, pero cabe preguntarse si atiborrarse de información, de fuentes diferentes y por distintos medios, brinda una mayor transparencia o si esto no nos lleva a tener una visión más confusa, compleja, parcial y por tanto distorsionada de la realidad porque aun cuando se pretenda o se persiga, lejos se está de alcanzar el “Aleph” y más cerca de encontrarnos frente a La enciclopedia china (Borges, 1985) donde la falta de criterio organizador es lo que prima.

No hablaremos de lo que se conoce como medios de comunicación masiva puesto que ellos no constituyen una instancia de comunicación en los términos aquí planteados, ya que no existe igualdad de condiciones entre el emisor y el receptor, aún cuando éste pueda enviarle un mensaje al locutor o presentador de un programa o al titular de un medio gráfico. Hablaremos aquí de lo que se consideran Tecnologías de la Información y la Comunicación, ya que en este momento son las que de una u otra forma ocupan el centro del escenario y que sustancialmente definen nuestra existencia cotidiana, tanto en los aspectos definitorios de nuestras vidas, como en los asuntos menores de nuestro día a día.

Parafraseando a Luis Alberto Quevedo¹, se puede afirmar que la necesidad de comunicarse o de sentirse conectados nos obliga a estar pendientes de todos los dispositivos electrónicos que estén a nuestro alcance. Más aún, entre

1- Director de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales. FLACSO

los adolescentes, la necesidad de no desprenderse de su teléfono celular, como si fuera una prolongación de su propio cuerpo en una imagen cotidiana. Verlos en la calle, en la silla o en el colectivo con el codo doblado y tipeando sobre el dispositivo móvil ya es parte del paisaje urbano (aún cuando se lleven postes y gente por delante). La mirada fija en una pantalla, tal vez hoy más que nunca les impide ver lo que realmente pasa a su alrededor y por eso en muchos casos se convierten en analfabetos urbanos. Otros, en cambio, creen conocer a las personas por su foto o comentario publicado en algún sitio en la nube, pero como dice Murakami (2013), en general, “no sabemos nada de nadie”.

Por otro lado, podríamos distinguir en la sociedad actual al menos tres tipos de personas en virtud de su relación con la tecnología: las sobre expuestas a las TIC (Virilio, 1996), las medianamente expuestas que alternan entre tecnología y su existencia en el sentido que lo define Merleau Ponty, y aquellas otras personas que aún hoy siguen disfrutando de los espacios públicos con ese cuerpo en las que habitan. Generalmente, es posible reconocer que estas tres categorías están atravesadas a su vez por al menos dos variables: por un lado la etaria y por otra, la circunstancial de espacio, tiempo y ocupación. Entre los nativos digitales, las TICs son casi como una prótesis del mismo cuerpo, mientras que en las demás generaciones son instrumentos que nos permiten pallear circunstancias de la vida como la soledad, el aburrimiento y que en otro momento ocupaban el libro, los diarios, las revistas o la simple contemplación del paisaje, por fuera, obviamente, de las facilidades “comunicacionales que nos prometen”. De hecho, es frecuente observar que ante situaciones de espera, de soledad o aburrimiento se recurren a los teléfonos celulares ya sea para jugar o intercambiar mensajes que no siempre son necesarios. Pero justamente por este uso aleatorio de la tecnología, puede vislumbrarse la necesidad de hacer desaparecer ese cuerpo solitario que marca la existencia.

Algunos ejemplos contribuyen a articular estos conceptos de necesidad de poner el cuerpo para encontrar la verdadera comunicación y qué nos pasa cuando creemos que ese cuerpo puede ser reemplazado. Si bien el análisis que se realiza se refiere a los servicios que prestan las TICs, este trabajo pretende cuestionar más las aplicaciones o alternativas que son inherentes a esos servicios y los usos que se hacen de ellas en pos de favorecer la comunicación entre semejantes.

Aún cuando la telefonía fija, la que empezó con ese auricular y un disco para marcar el número del destinatario, no sea considerada parte de las TICs, lo cierto es que la red cableada constituye la base de otros servicios como el

acceso a Internet (que hoy se hace también a través de otros sistemas como la red de televisión por cable, la telefonía móvil o sistemas menos conocidos como la de CDMA en la banda de 450 Mhz). José Luis Fernández², solía decir en sus entrañables clases que, a diferencia de los medios de comunicación masiva, el teléfono fijo posibilitaba una verdadera telecomunicación, porque aunque existiera una mediación (la distancia y el cable que lo hacen posible) era ese cuerpo que permite la existencia el que entraba en juego, en tanto la voz es una parte inherente a él. Y aún cuando la tecnología cambie, como veremos más adelante, cualquier tecnología que ponga la voz en juego resulta una instancia que permite el diálogo y la interrelación entre semejantes.

Pero veamos qué sucede con otros servicios y básicamente con los dispositivos y aplicaciones que se utilizan para sacarle un máximo provecho a lo que hoy es el servicio estrella: el acceso a Internet, que no es en sí mismo una instancia de comunicación. Se trata de un Servicio y dependerá de los dispositivos, como de las aplicaciones que se utilicen, para apreciar las oportunidades de sociabilización plenas que se presenten.

Empecemos por el acceso a Internet desde una computadora, suponiendo que accedemos a través de una red fija con suficiente ancho de banda para dar rienda suelta a cualquier iniciativa. La Red, que si bien es en este momento la biblioteca más grande del planeta y que nos permite consultar casi todos los temas que pudieran resultar útiles para una persona o un grupo de ellas, nos devuelve la información variada que debe ser filtrada porque ya su sola cantidad la torna inmanejable. La puesta de una palabra o de una frase o de un nombre propio en cualquier buscador, devuelve una serie de resultados en general que abarcan más de una página y que son sacados de distintos sitios Web. Ahora bien, de toda esa parafernalia de información la primera pregunta que uno se hace es: ¿cuál es cierta y cuál no? La segunda pregunta que cualquiera puede hacerse es: esta información ¿(me) sirve para la incógnita particular que estoy tratando de resolver o son cuestiones genéricas que alcanzan a todos los casos? La tercera es: es esto todo lo que debo saber o hay más que no aparece en el buscador. Y la cuarta es: con la información obtenida, ¿alcanzo la transparencia a la que se refiere Váttimo?

Es cierto que la mayoría no nos cuestionamos estos aspectos en todo momento, sino que aceptamos la verosimilitud de la información encontrada y la damos por completa cuando en realidad estamos obteniendo sólo una

2- Profesor Adjunto de la Cátedra de Semiología de la Facultad de Ciencias Sociales, Carrera de Comunicación de la Universidad de Buenos Aires.

foto, una cuestión estática, de una película que va en continuo movimiento (a cada instante se suben nuevos contenidos, se revisan los existentes y la sociedad en su conjunto se va transformando con ellos). Como consecuencia, tener una lectura de un mundo que es siempre inacabado e imposible de ser leído como transparente, es un primer error. El segundo, claro está, es que en muchos casos, no existe un autor al que se le pueda atribuir el conocimiento más que a una mera “url” o dirección Web. Pero ¿sabemos quién es el autor? ¿Conocemos su reputación y si realmente lo escribió él o lo escribió otro, o puso un autor que no le correspondía? Queda claro entonces, que la única manera de mantener una clara comunicación con ese autor es buscando o alcanzando ese cuerpo que le da identidad. De otra manera, solo accedemos a información.

En términos prácticos y concretos, una conducta muy habitual en estos días es no acudir al médico y en vez de eso buscar información sobre dolencia en Internet y de ahí deducir la medicación adecuada. Amén de que las páginas Web no tienen título habilitante para ejercer la medicina, supongamos que la medicación sugerida en algún sitio sea incorrecta o en el mejor de los casos inocua. En estos casos, el concepto de mala praxis no sería atribuible a ningún sujeto de derecho y lo peor es que el malestar continuaría. No puede decirse que un profesional de la salud no pueda equivocarse o tener que revisar en cada circunstancia cada caso (mejor ejemplo que la serie televisiva de Dr. House, no hay), pero lo cierto es que existe -aún en términos académicos- lo que se denomina comunicación médico-paciente que sitúa a dos semejantes que aunque no estén en igualdad de condiciones respecto del conocimiento, les permite preguntar, responderse y repreguntar en igualdad de condiciones.

Y sigamos en la Web, que tanto da que hablar. Veamos el correo electrónico que es lo que más se parece al correo postal, hoy casi desaparecido al menos en lo epistolar. Sin embargo, las diferencias son sustanciales. La más evidente es la que nos permite cuestionar al autor. ¿Estamos seguros de que el que escribió el texto del mail es aquel que lo firma? Aun cuando la firma sea digital, eso no asegura que no sea otra persona la que haya puesto las manos para tipear mientras alguien le dicta y que, por tanto, entre otras muchas cosas, agregue o saque comas y puntos seguidos, cambie palabras o use otras expresiones de acuerdo a la conveniencia. La segunda, es que en el correo electrónico no está presente el cuerpo mientras que en el epistolar sí y claramente marcado, porque en ese papel puede verse según Verón (1987) desde el nerviosismo que se imprime en cada letra, el error involuntario tachado, la corrección de último

momento sobre-escrita y tantas otras huellas del propio cuerpo. Alcanza con recordar la célebre película con Gerard Depardieu “*Cyrano de Bergerac*”³, donde la protagonista se enamora finalmente de quien había puesto su cuerpo en esos hermosos poemas de amor y no de quien supuestamente era el falso autor. En este sentido, las cartas de amor, al menos en las de antes, revelaban la presencia del enamorado en la misma escritura, en esa caligrafía propia de cada ser y en ese matasellos que certificaba la voluntad de alguien por entablar una comunicación. Si la respuesta llegaba aunque sea con demora, la instancia comunicativa se concretaba: dos semejantes compartiendo parte de su existencia con cuerpos que se hacían presentes en el momento de iniciar la lectura.

En cuanto a otras aplicaciones que supuestamente posibilitan la comunicación a través de Internet es imprescindible hablar de las llamadas Redes Sociales, pues éstas se plantean como ámbitos de encuentro, de interrelación y de comunicación. Y aquí hace falta discriminar entre cada una de ellas, aunque en este texto se traten sólo algunas.

Es evidente que la más popular de esas redes sociales es Facebook. Abrir una cuenta, empezar a publicar, “hacerse amigo” y chatear, son algunas de las posibilidades que esta aplicación brinda. Tres actividades bien diferentes, cada una con sus ventajas e inconvenientes sobre las que es necesario reflexionar. En cuanto a la primera, la de publicar un estado o ánimo o algo que interesa, es tan sencillo como complejo de interpretar. Lo primero que se puede señalar es que puede tratarse simplemente de una actitud catártica de publicitar una sensación, una posición política determinada, un documento interesante, etc. (Habermas, 2008). Ingresar en el estado de lo público sin un cuerpo presente, de eso se trata. Lo segundo que se podría cuestionar es para quién se publica. Es claro que “los amigos de la red” pueden o no compartir lo publicado, con lo que el acto de respuesta que pretenda acercarse a una instancia comunicativa, podría pasar de un enojo y posterior bloqueo del usuario que publica, hasta la indiferencia pura y llana. En realidad el hecho de hacer público un pensamiento o una opinión o una foto busca generar un efecto en quien lo ve. ¿De qué efectos hablamos? Un comentario, un “me gusta” o republicarlo como propio. La instancia que más se acercaría a una comunicación verdadera sería el comentario de un amigo. Sin embargo, ¿sería de verdad una instancia comunicativa plena? El cuestionamiento deviene que

3- *Cyrano de Bergerac* es una película francesa dirigida por Jean-Paul Rappeneau, estrenada en 1990.

es muy difícil de observar una conversación fluida de intercambio de ideas a través de mensajes escuetos pero, fundamentalmente, porque no existe, ni del lado del que publica ni del lado del que lo lee o ve, un cuerpo presente y concurrente. La casi simultaneidad que implica un diálogo dista mucho de lo que pasa en Facebook. Es más frecuente que los comentarios aparezcan una hora después o tal vez días o años después. De hecho, la misma aplicación ha sumado una utilidad que permite al usuario de la cuenta, recordar lo que publicó ese día en años anteriores y preguntarle si quiere volver a publicarlo, como si fuera el recordatorio de una efeméride. Por otro lado, la dilación de los comentarios a lo que de manera permanente se suman nuevas publicaciones que hacen que la realizada sea una vieja historia en un minuto, complejiza aún más la posibilidad de intercambio real y verdadero. En algún sentido, y de manera exagerada, sería como hablar por teléfono pero que entre pregunta y respuesta, o entre anécdota y comentario, medien horas o días. Es una verdad de Perogrullo decir que el que publicó tal o cual cosa ya probablemente cambió de estado de ánimo, de intereses y que por más que se sienta halagado con el comentario ya no tiene mucho interés en seguir ese “diálogo”. Estaríamos ante lo que Umberto Eco (1985), retomando a Mc Luhan (1964), denomina como un pensamiento interrumpido (*cogito interruptus*). En un diálogo personal eso nunca ocurriría: nadie pone el cuerpo y su existencia para que la respuesta o el comentario llegue 24 horas después. El diálogo y la verdadera comunicación exigen un presente, que es lo que marca el cuerpo de la existencia, porque esa respuesta dilatada tal vez llegue en el momento inoportuno y nunca más encuentre la continuidad que supone una verdadera comunicación. Finalmente, cabe señalar que en algunos casos, el hecho de publicar en Facebook es simplemente un acto de “estar en la Red” o lo que es lo mismo de hacerse presente en lo virtual con un cuerpo ausente.

La segunda acción es la de buscar y aceptar “amigos”. Y aquí la mayor pregunta es quién es un “amigo”. ¿Alguien que comparte alguno de mis intereses? ¿El compañero de colegio que hace 30 años al que no se ve y del que no sabemos qué fue de su vida? ¿El que aparece como sugerencia de la aplicación? ¿O el que está en el momento y en el lugar oportuno poniendo el cuerpo tanto para la risa como para el llanto? ¿Con cuál de estos amigos podemos entablar un diálogo o una verdadera comunicación? La respuesta es clara y evidente, aunque hace falta señalar algunos componentes que colaboran a lograr una interpretación más acabada. La primera es que en las redes sociales se denominan así porque supuestamente posibilitan

una interrelación y eso supone que se acepta como amigo no siempre a conocidos, sino a conocidos de conocidos con lo que en raras oportunidades mantendremos un diálogo. La segunda, es que en realidad esos “nuevos amigos desconocidos” sólo aparecen en el muro y muchos no cobran entidad. Y la tercera y última es que muchas veces esas incorporaciones, sólo permiten una actividad voyerista por parte de quien los acepta y nada más. Desde esta perspectiva, la sociabilidad que constituye este tipo de redes es al menos ficticia en muchos casos.

La tercera acción es la de chatear, práctica menos frecuente y que se limita, en la mayoría de los casos, a unos pocos caracteres tipeados por los participantes y cuyos mensajes aparecen de acuerdo a quien ingrese primero la tecla “enter”. Esto hace que muchas veces la respuesta del otro llegue a destiempo por lo planteado por el otro interlocutor, lo cual casi convierte el texto en una conversación de sordos, si es leído de corrido. Pero, y más allá que se utilicen las manos para la escritura, la impronta del cuerpo desaparece en la tipografía elegida como predeterminada y hay, al mismo tiempo, la posibilidad, nuevamente, que no sea el cuerpo del interlocutor el que ejecute el mágico tipeo, con lo que, a ciencia cierta, intercambiamos mensajes con un otro que puede no resultar ser tal.

Otra instancia diferente que permite el Facebook es, aunque menos usada, las llamadas que se asemejan a una llamada telefónica. En estas circunstancias es claro que la voz nuevamente hace su aparición y por tanto también ese cuerpo que llamo mío. Si a eso se suma el uso de una cámara de video, nuestra presencia importa un estar frente al otro y aún cuando haya silencios, el cuerpo no deja de estar presente aunque sea a la distancia. Es ahí donde sí podemos decir que esta red social es un verdadero espacio de interrelación y comunicación.

Si bien la aplicación sigue siendo una de las más usadas, hay una nueva tendencia que señala que, por distintas razones, millones de usuarios están abandonando Facebook. Una es la pérdida de intimidad que provoca la publicidad de los estados de ánimo, posiciones políticas, etc. Esa falta de intimidad se resolvería con un cara a cara, aunque sea con más de 100 amigos. El hablar para un público sin cuerpo, sin una presencia, no permite ni evitar el voyerismo existente por parte de algunos, ni poder rescatar de esos otros receptores sus miradas, sus gestos, en síntesis su existencia. En este sentido es interesante el caso de “Paul Miller, un periodista de la revista *Verge* que recibió la orden de estar desconectado de Internet durante un año y contarlo.

Chau correos electrónicos, Internet, smartphone o Facebook. “La vida se llenó de eventos casuales: encuentros frente a frente, ciclismo y literatura griega.” Sobrevivió y adelgazó 7 kilos, aunque estuvo contento cuando volvió a conectarse: “Internet está donde la gente está”⁴. Aunque su comentario sobre Internet no sea el más preciso, éste debe entenderse como que la Red está donde la gente pretende estar presente en términos de “estar en” y hacerse público (Habermas, 2008), pero dista mucho de la mirada de Merleau Ponty, porque la ausencia es evidente.

En cuanto a Twitter (otras de las redes sociales en boga), es claro que no persigue ningún objetivo de diálogo ni de comunicación verdadera, pues sus 140 caracteres ya resultan una enorme limitación para que eso sea posible. ¿Cuál es entonces el fin de esta red que se plantea como social pero que no lo es en los términos que plantea Pasquali? Una primera respuesta es simplemente dar a publicitar pensamientos u opiniones y tener esa presencia virtual que nos acerca a los 5 minutos de fama que otrora se planteaba para la televisión. Pero Twitter, además, supone un tiempo intensivo mientras que la comunicación requiere necesariamente un tiempo extensivo (Virilio, 1989) y esto, en tanto que el cuerpo requiere no sólo de esa espacialidad primordial sino que sus posibilidades motrices necesitan del tiempo para moverse, gesticular, articular y leer significantes, uno seguido del otro, etc. Los 140 caracteres que aparecen de manera instantánea para el interlocutor, requieren de un tiempo de lectura que es el que le dictamina su propio cuerpo. Pero ese tiempo expansivo disuelve toda posibilidad de encuentro concomitante entre los cuerpos. Es claro que aquí se trata de sólo “estar” pero eso dista mucho de una comunicación real.

Esas aplicaciones, como muchas otras, también pueden ser usadas desde dispositivos móviles que, si bien no usan siempre una red cableada, disponen de un ancho de banda relativo que permite su uso. Su uso cada vez más extensivo y el crecimiento en la venta de teléfonos inteligentes, ha permitido además de la posibilidad de generar y recibir llamadas telefónicas (su uso primitivo), utilizar un sin fin de servicios (la mayoría gratuitos) que pretenden provocar diálogos que nuevamente podríamos calificar como “cogito interruptus”; porque además de interrumpido muchas veces es entrecortado por la pérdida de señal o la insuficiencia de la red de datos móviles.

4- Manuel H. Castrillón, Diario LA NACION (2015) en <http://www.lanacion.com.ar/1827651-intimidad-se-busca-por-temor-o-desinteres-eligen-huir-de-las-redes-sociales>

Como primera medida cabe señalar que salvo para los nativos digitales, las dimensiones de este tipo de dispositivos móviles, aun cuando se trate de versiones Note o pantallas más grandes, resultan incómodos para cualquier comunicación fluida que se pretenda establecer. Etariamente, los mayores de 40 años deben ponerse anteojos para leer un mensaje o el nombre de un contacto, o entrecerrar los ojos para poder mandar un simple “ok”. Para los más jóvenes, en cambio, no existe esa dificultad aunque, sin embargo, hay que reconocerles otras. Es fundamental, en este caso, y al contrario de las demás cuestiones que vienen señalándose, el abuso de información que reciben y envían diariamente 300 o 400 mensajes por distintas aplicaciones, no es comunicación. Basta imaginarse que una persona pudiera tener 200 reuniones o diálogos en un día. Ni el más experto psiquiatra podría resistirlo. Visto desde este punto de vista, esto sólo puede explicarse, tal como lo señala Quevedo, como una necesidad de los adolescentes, que ya han incorporado el teléfono celular a su mano izquierda como si fuera una prótesis, para sentirse conectados y pertenecientes a este mundo.

Pero más allá de las cuestiones etarias, es imprescindible analizar, aunque sea escuetamente, una de las aplicaciones que más uso tiene en este momento y que suplantó a los mensajes de texto (SMS): el WhatsApp. Esta aplicación recientemente ha incorporado más prestaciones, como la posibilidad de realizar llamadas telefónicas como si fuera Skype, pero lo cierto es que la posibilidad de ejecutarlas, por fuera de una red Wi Fi, depende en mucho del ancho de banda disponible, o en otras palabras de la infraestructura de la red celular de la que se disponga. Y salvo en algunos países muy desarrollados, como Alemania, Japón, Estados Unidos (en ciertas localidades) o Finlandia, por ahora la red móvil es, aún en algunos de los países que se denominan desarrollados, insuficiente para transportar la cantidad de datos que generan los usuarios.

De las tres prestaciones que tiene WhatsApp, se analizan las dos más usadas como son los mensajes de texto (análisis que también se aplica a los SMS) y los mensajes de voz.

En el primer caso, la necesidad de tipear en dispositivos tan pequeños, como ya señaláramos, es (menos para los nativos digitales) una limitación importante. Si bien no hay restricción de caracteres, cabe preguntarse ¿cuánto puede escribirse en un mensaje? Cuando se trata de mandar un dato preciso, por ejemplo un número de teléfono, una dirección o el horario de una cita,

digamos que estos procesos unilaterales de información funcionan. Ahora, cuando se intenta entablar un diálogo con una pregunta tal como “¿Cómo estás?” las limitaciones de la respuesta son más que evidentes. ¿Cómo puede un ser humano dar cuenta de su estado físico-psíquico y de actividad en un mensaje que aunque tenga seis o siete párrafos se reduce a eso? ¿Es esa la verdadera comunicación? Llegando al extremo, basta preguntarse cuántos malos entendidos o preguntas sin respuestas se suscitan diariamente a través de estas aplicaciones por el solo hecho de teclear mal un casillero de una letra.

Y sucede algo similar, aún con la voz y la puesta en juego del cuerpo, en los mensajes de voz. ¿Qué extensión pueden tener para que no se requiera un ancho de banda que supere los disponibles? En la mayoría de los casos, las respuestas tienden a ser escuetas, lo que en ciencia cierta nos llevan a un tiempo más intensivo que el que requiere la comunicación y el diálogo verdadero.

Podrían ponerse más ejemplos como es evidente, pero no resulta necesario para acercarse al punto que se pretende llegar. La vigencia de Mc Luhan es precisa cuando sostiene que la tecnología no es más que una extensión de nuestras facultades y por eso son solo instrumentos que facilitan alguna de las posibilidades de las que ya dispone nuestro cuerpo. Pero no son una parte de él: sino prolongaciones que alivian el esfuerzo que significa desplazarse, o en sus propios términos utilizar una palanca para levantar una pieza pesada.

Las TICs, como cualquier otro instrumento que se use con fines de acercar o facilitar una tarea, no son buenas ni malas en sí mismas sino que todo depende del uso que se haga de ellas y que no se le atribuyan potencialidades que no son tales o se confundan aspectos propios de la existencia humana con un aparato. Depositar en ellas la confianza que se merecen, es necesario, pero abusar de ellas es contraproducente, porque el mundo existe también en otro lugar que no sea una pantalla.

Todas las cuestiones descriptas también están siendo reconocidas actualmente en la televisión y valen tres ejemplos para demostrarlo: dos de ellos corresponden a series televisivas y el otro a un programa político. Las primeras son series estrenadas más o menos recientemente y que se refieren a las TICs particularmente: una es Escorpión y la otra una versión más de la saga CSI que ahora no utiliza localización (como CSI Las Vegas o NY), sino “Cyber”⁵, como descripción de las acciones que se verán. Pero lo más

5- Las dos series televisivas se transmiten por el canal AXN.

interesante de estas series, en donde todo se resuelve a través de las Tecnologías de la Información y la Comunicación son, sin duda, las publicidades que se hacen respecto a ellas en la cadena que las transmite. Una de ellas dice: “La tecnología... práctica... necesaria, pero ¿cuánto más le podemos pedir?” Y la otra que reza: “...cuando el mayor error está en tu teclado y tu mayor enemigo en tu bolsillo (mostrando la imagen de un teléfono celular)”. Sobra cualquier explicación que se pretenda dar sobre el tema aunque alcanza con señalar que estos programas reconocen lo que Calabresse (1989) señalaría como gusto de época o principios que determinan la dinámica social.

El tercer programa, que como ya se dijo es de carácter político y, aun atentando contra sí mismo⁶, en su canción de presentación se dice: “no te quedés en casa, salí a la calle que allí estamos para vivirla...”.

Hasta aquí pareciera que se ataca la aparición y el uso de las TICs. Nada más lejos de la verdad que se pretende transmitir. La tecnología, cualquiera sea ella, es bienvenida siempre que se use con fines pacíficos. Y cuantas más alternativas tengamos, que nos faciliten la existencia en este mundo complejo, mejor; porque se trata de herramientas que no deben ni pueden condicionar la vida ni generar confusión. Las plazas, los asados y los café con amigos están a la vuelta de la esquina y es ahí donde la verdadera comunicación debería tener lugar. Por eso, se debe usar la tecnología para facilitar los intercambios, y no olvidarnos que nuestra existencia, ni la comunicación, dependen de ellas, sino de ese cuerpo al que llamo mío.

6- Por ahora es difícil poder ver la televisión en un móvil por el ancho de banda requerido.

BIBLIOGRAFÍA

- Borges, J. L. (1985). *Obras completas*. Buenos Aires: Emecé editores.
- Calabresse, O. (1989). *La era neobarroca*. Madrid: Ediciones Cátedra.
- Eco, U. (1985). *Apocalípticos e Integrados*. Barcelona: Editorial Lumen.
- Habermas, J. (2008). *Conciencia moral y acción comunicativa*. Madrid: Ed. Trotta.
- Mc Luhan, M. (1964). *Understanding media*. Barcelona: Paidós.
- Mc Luhan, M. (1987). *El medio es el masaje*. Barcelona: Paidós.
- Merleau Ponty, M. (1984). *Fenomenología de la Percepción*. Barcelona: Ed. Planeta.
- Murakami, H. (2013). *Los años de peregrinación del chico sin color*. Barcelona: Tusquets Editores.
- Pasquali, A. (1978). *Comprender la comunicación*. Caracas: Monte Ávila Editores.
- Vattimo, G. (1990). *La sociedad transparente*. Barcelona: Paidós.
- Verón, E. (1987). *La semiosis social*. Barcelona: Gedisa.
- Virilio, P. (1989). *La máquina de Visión*. Madrid: Ediciones Cátedra.
- Virilio, P. (1996). *El arte del Motor*. Buenos Aires: Manantial.

PAULA JURE

Fue docente de la cátedra Teoría y Problemática de la Comunicación Social I, de la licenciatura en Comunicación Social (FHyCS, UNJu). Actualmente se desempeña como consultora independiente.
pajure@gmail.com